

LOS ARBOLES AZULES

De *Fernando Emmerich*

Editorial Alborada. Valdivia. Chile

Se inicia esta novela breve con una rápida presentación de los personajes, con una especie de misterio: "Este clima se refleja en cuchicheos, en pasos furtivos, en voces y entradas y salidas de desconocidos visitantes que circulaban por el ámbito de la vida de Silvia Zuloaga situado más allá del recinto del comedor y de la salita donde se desarrollaban las clases de Nicolás".

Muy pronto se destaca la figura de un profesor que analiza la realidad y los riesgos de enamorarse de una adolescente, alumna caprichosa, cuyas reacciones están bastante por encima de su edad.

Tiene la habilidad suficiente para insinuar sobresaltos de toda índole. Aparece el "panorama" índigo de la febril adolescente. El autor emplea un mecanismo lingüístico directo, que lleva a los lectores a entrometerse en la trama compleja de la psicología femenina.

Recordemos que Gina Lombroso publicó un gran libro titulado *El alma de las mujeres*, análisis delicado y profundo de ciertas reacciones, contradictorias en apariencia, pero que son posibles en determinados momentos del juego del amor naciente. ¿Qué relación existe entre los vocablos "corazón y amoroso"?

Fernando Emmerich, mediante un fino análisis, encauza su novela, nos hace pensar en "árboles azules" que expanden su lirismo con su carga de realidad, si bien combinada con la sutil apariencia.

La novela se proyecta en busca de sensibles horizontes, en los cuales se diluyen ilusiones difíciles de explicar. Estamos en un mundo de pasiones, tan finamente anotadas, que el lector ha de crearse un intrincado conjunto de escapatorias posibles. ¡Resultado de una trama sin nudos visibles!

Se refiere a la jovencita, su alumna: "Su lentitud, acentuada con un mohín de fastidio, resultaba provocativa. La chica lo miró con severidad, frunciendo el ceño, y luego, entrecerrando los ojos, le contestó con un atrevido tonito de reprensión. No me diga 'no se atrasé', porque yo no soy suya".

Existe un contrapunto en la obra: la presencia de otra joven. Tiene la virtud de enredar el tejido novelesco, ya que las dos mujeres, frente a un hombre, son como un disparadero de posibilidades en pugna, directa y sencillamente esbozada. Esa especie de sombra era necesaria, no como adorno, sino para establecer la duda y cierto suspenso.

Varias indicaciones preliminares y una "voz fuerte" en un pasillo se enlazan para sugerir la realidad de un estilo de vida, azaroso y complicado.

Se alejan los protagonistas, hay trechos de ausencia, un "regreso", la vida que ha tomado rumbos distintos, la admiración ya esfumada, deshecha, con otro signo: "La belleza del cielo, cuyo azul magnífico, en el cual brillaba una sola estrella, se aclaraba en un verde-amarillento. La llegada de la noche carecía ya de misterio, no le producía ninguna emoción. Valeria ya no era la muchachita de trenzas y de chasquilla...".

La novela queda sin cerrar, porque los hechos así lo exigen.

Prevalecen el cuidado del lenguaje, las soñadas realidades, reversibles con una sola palabra, que no se dice, porque el autor la oculta, sin duda, para que el lector, en su intimidad invente otro desenlace y convierta la obra en una breviario de amor, en un problema, tal vez sin solución.

VICENTE MENGOD

TIEMPO DE POESIA

De María Silva Ossa

Ediciones del Grupo Fuego de la Poesía, 1984

Al comenzar la lectura de un libro de poemas nuestro anhelo más íntimo es descubrir entre sus páginas otro poco más de poesía. Y aun cuando esto pudiera considerarse una paradoja individual, pensamos que ello no es así. La verdad sea dicha: encontramos que entre los modos de estilos y estructuras que presentan muchos autores no fluye, como debiera, el elemento poético o la compleja sustancia que compone su materia. Es que lo que dicen los poetas se vincula, quieras o no quieras, con las esencias del ser y por tanto es el hombre el que habla a través de ellos de sus preocupaciones más importantes. No existe la palabra poética aun cuando se acumulen versos y estrofas con ese fin si ella no está ligada a un encantamiento impresionado. Heidegger, que ha clavado hondo sobre el tema, ya nos lo había advertido. El juego en que imágenes y símbolos se persiguen ajenos al ser mismo no es poético en sí por estar huérfano de su fundamento. Porque la poesía no es una creación para deleitarnos con alianzas de conveniencia; tampoco un estallido que sólo nos delumbra. Al revés, ella, como propiedad fundamental de la existencia, necesita devenir de dicha instancia y hacia la que debemos ir cueste lo que cueste. De tal manera, cuando los impulsos poéticos, es decir, esa pretensión de aportar algo más al poetizar, se quedan únicamente, en brotes o aproximaciones de su fenómeno y del elemento lírico, sentimos que algo supremo se ha quedado sin realizar. Y lo sentimos puesto que se ha perdido un intento, una experiencia más que no ha logrado concretar su ambición.

Pero ¿a qué viene todo esto frente al libro *Tiempo de Poesía*, de María Silva Ossa? Pues a algo muy simple: es que aquí, a simple vista, hallamos a un poeta que nos trasmite la plena posesión de un mundo poético visible, táctil, que asienta honduras de las que brotan atributos líricos crecientes salidos desde una vida interior que afirma sus caracteres peculiares. Es tal una complicidad repentina entre las experiencias vividas y las profecías del sueño que alimenta una fe en la revelación de las cosas. En resumen, la poetisa ha logrado superar los convencionalismos que siempre yerguen sus amenazas y, sin desinteresarse por nada, se conduce entre los medios más útiles para afrontar las contradicciones de la realidad.

Este *Tiempo de Poesía*, que es una apropiada antología de la obra de la autora,